

Perdonen hombres vanos  
Que yo les compadezca  
Desde mi pobre nido  
Cual desde roca excelsa.

MIGUEL ANTONIO CARO

### PORRITA COMPONTE!.....

La noticia de que seña Juana iba a contar un cuento corrió con la rapidez de una chispa eléctrica, y cuanto chiquillo pelón rompía calzones y lucía churretes en cuatro calles a la redonda, acudió presuroso al corral de los Chicharos, domicilio de la vieja. Esta sentada en el poyo de la puerta, vio venir la granizada con vanidosa sonrisa, paseó una mirada satisfactoria por el inquieto auditorio, rascose dos veces con la aguja de hacer calceta, y poniendo de nuevo sus dedos en movimiento, comenzó así:

—Pues señor, que era vez y vez, y el bien que viniere para mí se quede y el mal para quien lo fuere a buscar, de un hortelano, más pobre que las ratas, y con peor estrella que un sietemesino; si sembraba melones, cogía pepinos; si plantaba lechugas, le nacían pitas; si llega a sembrar monedas de cinco duros, le salen ochavos roñosos, y si deja el oficio y se mete a sombrerero, a buen seguro está que nacen los chiquillos sin cabeza. Porque hay un santo en el cielo que se llama san Guilindón, que solo tiene por oficio bailar delante del trono de su divina majestad, diciendo a gritos: «Denle más! denle más!» Y caté usted ahí por qué una desgracia no viene nunca sola, ni una fortuna tampoco, sino que vienen muchas en hilera, como mulos de reata.

Pues vamos que cuando llegaron las aguas de Mayo, parecía la huerta un camposanto, lleno de malvas y ortigas: solo había metido en medio una col, que regaba la hortelana con agua bendita. Los pimientos se secaron, los tomates se perdieron, a las lechugas les entró el pulgón, y solo la col crecía, crecía sin vergüenza, hasta que pasó la tapia, llegó al tejado, subió más alta que el campanario, se perdió por último en las nubes, y el viernes, antes de san Juan, tocaba ya con la puntita en la puerta del cielo.

Pues señor, que de tanta dieta, le llegaron a salir al hortelano telarañas en el gañote de no usarlo, y la hortelana tenía ya las muelas *mojosas*, y hasta se le había olvidado el modo de mascar; a él se le paseaban los ratones por los bolsillos, y cuando ella cogía en una mano la escoba y en otra la alcuza, le preguntaban las vecinas:

—Pero, Andrea, ¿estamos de muanza?

Llegó al fin un día en que se cumplieron veinticuatro horas, sin que aquellos infelices cataran la gracia de Dios, y el hortelano mandó a su mujer que arrancara la col, y le hiciera un guiso con los tronchitos de la punta. Señá Andrea puso el grito en el cielo, y se agarró a la col, que no la arrancaba de allí ni las tenazas de Nicodemo; porque pensar en tocarle a su col, era tocarle a ella en las mismas niñas de sus ojos. Pero, hijo de mi alma, para fiestas estaba la zorra y llevaba el jopo ardiendo....

El marido cogió una vara, y le dijo que cabeza abajo la colgaría de una penca si a las doce en punto no estaba hecho el guiso, y ellos comiendo, para alcanzar la bendición del Padre Santo de Roma, que todos los días la da a la campanada de las doce, ni minuto más ni minuto menos. Señá Andrea no tuvo más remedio que meterse la lengua en un zapato, y coger un hacha

pa echar abajo la col: vio entonces que llegaba ya al cielo, y se le ocurrió de pronto subirse por ella y pedirle a san Pedro una limosnita.

Aquello fue lo de melón quiero, tajada en mano tengo; porque pensándolo estaba todavía y ya iba trepa que trepa por la col arriba, de penca en penca hasta que llegó al cielo. No se usan por allí campanillas y así llamó tras! tras! con los dedos de la mano. Abrióse el postiguillo de la puerta, y asomó san Pedro las narices.

—¿Qué se ofrece?—preguntó.

La señá Andrea comenzó a temblar al verse delante de aquel señor tan respetuoso, y dijo con mucha política:

—Aunque usted perdone, señor san Pedro, soy una pobre infeliz que no tiene qué comer, y venía a que su mercé me hiciera la caridad de una limosna, por el amor de Dios.

San Pedro cerró de golpe el postiguillo sin decir palabra, y como no hay buen alma que deje fea la palabra de Dios que el pobre empeña, volvió a poco cargado con una mesita, que entregó a señá Andrea, diciendo:

—Toma, hija, esta mesita, y cuando tengas hambre di: ¡*Mesita componte!*

—¡Dios se lo pague a usted y se lo aumente de gloria!—contestó señá Andrea, echando a correr de penca en penca hasta que llegó al suelo.

Como las mujeres semos tan curiosas, no tuvo paciencia para esperar la vuelta de su marido, y conforme soító la mesa en el corral, dijo:

—¡Mesita componte!....

¡Hijo de mi alma, aquello era menester verlo pa creerlo!.... Porque no bien lo hubo dicho, apareció en la mesa una comida, como ni en los manteles del rey se pone igual: allí había pollos con tomate, y arroz con conejo,

y sardinas fritas, y bacalao en blanco; y de postres, arrope y arroz con leche, y garbanzos tostaos. Cuando llegó el hortelano, se dieron ambos a dos una atraquina que con el dedo se lo tocaban, y todos los días diarios se ponían hasta reventar, que era menester silvarles pa que pararan, sin más trabajo ni más guiso que soltar la palabrilla:

—¡Mesita componte!....

Pues vamos a que pasaron así dos meses, poniéndose marido y mujer como chivos de dos madres, y al cabo de éstos, dícele un día el hortelano a señá Andrea:

Mira, Andrea; no es rigular que quien come tan bien como nosotros comemos, esté, como quien dice, con un trapito atrás y otro alante, sin poder asomar los bigotes a la calle.... De manera y ello es que ahora mismo te subes por la col arriba, y le pides a san Pedro siete onzas, para mercar un traje de paño fino y una saya de alepín negro.

La mujer se resistió algún tiempo, hasta que de penca en penca, se encampó otra vez en el cielo. Estaba san Pedro sentado a la puerta, tomando el sol, y leyendo los papeles.

—¡Otra te pego!—exclamó al ver a la hortelana.

—No se incomode su mercé, replicó muy humildita señá Andrea: que venía a ver si me emprestaba siete onzas, aunque fuese a dita, pa mercar un traje de paño fino y una saya de alepín negro, porque el invierno se viene encima y no es rigular que nos coja en cuerecitos.

San Pedro la miró por encima de las gafas, y se metió para dentro: a poco salió con una bolsa vacía.

—Toma, Mari-pidona, le dijo, y cuando tengas apuros, di: ¡*Bolsita componte!*....

—Dios se lo pague a V. y se lo....

—Anda, anda con viento fresco.... que por su mal le salieron alas a la hormiga, le contestó san Pedro con mucha sofama.

Señá Andrea echó a correr por la col abajo como alma que lleva el demonio, que no era otra cosa su avaricia, y en unión de su marido, que al pie de la col le esperaba, dijeron a la bolsa:

¡Bolsita componte! ... Acto continuo empiezan a caer por la boca afuera pesos duros y más pesos duros, ni más ni menos que cuando llueve a chaparrones.

Marido y mujer creyeron perder el juicio, y lo perdieron en efecto, porque al otro día ya tenía hecho señá Andrea un vestido de tisú de oro como el manto de la Virgen del Carmen, y señó Juan una levita con flecos de oro y plata, un bastón con borlas como el que saca el alcalde por Corpus Christi, y un sombrero de copalta con siete plumas blancas. Compraron la casa del ayuntamiento para vivir ellos solos, la forraron toda de papel dorado, y hasta las aljofifas eran de terciopelo y los estropajos de hilillo de plata. Conforme llegó el domingo, se fueron los dos mu pomposos a misa, en una calesa que mandaron venir de Chiclana: cuando iban llegando a la iglesia, dícele el marido a la mujer:

—Andrea, ¿no repican las campanas?

—Creo que no, Juan.

Juan se puso color de pajueta de pura envidia que lo roía, y dijo:

—Pues bien repican cuando viene el obispo.

Al salir de la iglesia comenzaron marido y mujer a tirar ochavos a los chiquillos, como cuando hay *padrino pelón* en los bautizos; pero como salta al ojo que los pinículos han comido con cuchara de palo, bien proto los calaron los chiquillos, y conforme recogían los ochavos, echaban a correr, gritando:

Doña Andrea Estropajo  
hoy está boca arriba,  
ayer iba boca abajo.

A señá Andrea se le freía la sangre en el cuerpo, y no bien llegó a casa se puso a escribir una carta a la reina, para que mandase ahorcar a todos los chiquillos del pueblo; pero su marido la llamó aparte y le dijo:

—Mira, Andrea, no es regular que cuando va el obispo a la Iglesia le repiquen las campanas, y cuando vamos nosotros que somos gentes de tantos miles, no toquen ni una mala campanilla.... De manera y ello es, que ahora mismo te subes por la col, y le cuentas a san Pedro lo que pasa, para que ponga remedio; porque lo que es a mí ni el señor Obispo me echa delante la pata.

Señá Andrea no se hizo repetir la cartilla, y comienza a trepar por la col arriba hecha un toro de fuego, que solo con el aliento levantaba chichones. Se pone delante de san Pedro con más fachenda que un rey de palo, y le pide que mande ahorcar al cura, al sacristán y al monaguillo, si no le repican las campanas como al señor obispo.

San Pedro metió la mano en la faltriquera sin decir palabra, y sacó una porrita como de un palmo de largo, ni más ni menos que el badajo de una campana.

—Toma esta porrita, le dijo, y si no repican el domingo cuando vayáis a misa, di: *¡Porrita componte!....*

Llegó el domingo después del sábado, sin prisa ninguna, marido y mujer se meten en su calesa, y se van para la iglesia con más planta que la reina de Egipto; pero las campanas no repicaban.... A señá Andrea le da un brinco en el cuerpo la soberbia; saca la porrita, la levanta en alto y dice hecha un torrillo jusco.

—¡Porrita componte!....

¡Nunca lo hubiera dicho, cristianos!... Porque empieza a brincar la porrita en el aire, dando coscorrónes en la cabeza del marido a la de la mujer, y de la de la mujer a la del marido, sin parar de picarles en la mollera, hasta dejarlos espachurrados en la misma puerta de la iglesia. Lo cual fue castigo de su ambición, su codicia y su soberbia; porque aquella porrita no era otra cosa que la *Justicia de Dios*, y ella es la que manda su divina majestad de cuando en cuando a la tierra para zurrarles la pavana a los hombres. Porque como decía mi abuela, que esté en gloria, cuando yo era zagalilla: Dios ni come ni bebe; pero juzga lo que ve.

Y aquí se acabó mi cuento con pan y pimienta, y el que quiera saber más que compre un viejo.

P. LUIS COLOMA, S. J.

## REVISTA

DEL

Colegio Mayor de Nuestra Señora  
del Rosario

Publicada bajo la dirección de la Consiliatura

*Actos oficiales del Colegio—Filosofía—Ciencias—  
Literatura, etc.*

Se publica un número de 64 páginas el día 1.º de cada mes, excepto enero y diciembre.

Sólo se canjea con revistas y publicaciones análogas

Número suelto.....	.. ..\$	0.20
Suscripción por año (adelantada)...		2.00
Número atrasado.....	.....	0.30

### Avisos

1	Página inserción.....	\$	6.00
$\frac{1}{2}$	»	»	3.00
$\frac{1}{4}$	»	»	1.50

Para todo lo relativo a la REVISTA, dirigirse al Administrador, apartado de correos número 72.

Se envían por correo números y suscripciones fuera de la ciudad, siempre que venga el valor del pedido.



Universidad del  
**Rosario**

Archivo  
Histórico